

# LA HABANA DE OTROS TIEMPOS. LA ALAMEDA, EL TESTRO PRINCIPAL, Y LA IGLESIA Y EL HOSPITAL DE PAULA.-

COMO una estampa olvidada en un rincón de la ciudad colonial se encuentra al extremo de la vieja alameda la fachada ruinososa de lo que en un tiempo fue una iglesia y hospital de Paula.

Sus muros con capas superpuestas de revoque y pintura, unas veces verdes, otras amarilla, otras rosa, ensombrecidos más por abandono que por la patina de los años, ofrecen en sus varios contrastes con la piedra desnuda ancho campo para los amantes de las acuarelas, o para los que sienten la romántica impresión de las ruinas.

Estos edificios que acabamos de citar fueron construídos en el siglo XVII, pero rehechos a principios del XVIII, se les escogió como telón de fondo para cerrar la perspectiva del primer paseo que tuvo la ciudad.

Por los alrededores de 1,770, preocupada la Habana en aumentar sus medios de defensa a causa de las continuas guerras, expediciones y saqueos, sólo se habían construído los castillos, el recinto amurallado y un respetable número de iglesias y conventos. Como plazas existían la del Cristo y la llamada Vieja, que se utilizaban para mercados, pero no se pensaba en trazar paseos ni se tenía la remota idea de edificar un teatro, reduciéndose el solaz del vecindario a las fiestas y procesiones religiosas, paradas y desfiles militares, y a recorrer las calles de los Mercaderes y de la Muralla, que presentaban en las noches con sus numerosas tiendas alumbradas por lámparas y quinqués, el espectáculo de un gran بازار o de una feria.

Aun no estaban construídos el templo de la Catedral, ni el Palacio de los Gobernadores, y sus plazas respectivas eran terrenos cenagosos y yermos.

En estas condiciones se encontraba la Habana cuando se nombró Capitán General al bien recordado Marqués de la Torre, hombre de vasta cultura que procedía de la ilustrada corte de Carlos III, pródiga para nosotros en adelantos, y Mercedes.

Desde su llegada prohibió el uso del guano en la población, pues la mayoría de las pequeñas casas se levantaban con paredes de tapia o embarrado y techos de ese material, (que aún hoy en muchos pueblos de la isla no se ha podido suprimir) y proyectó acometer diversas obras, entre otras, dotar a la ciudad de un paseo, levantar un teatro, una casa de Gobierno y disponer la demolición de la antigua parroquia para dar impulso con el producto de la venta del terreno los trabajos que estaban paralizadas en la iglesia de los jesuitas, la cual fué más tarde nuestra Catedral.

De donde si le damos al Marqués de la Torre el título del primer urbanista que tuvo la Habana creo que le hacemos justicia, aparte de que su labor en Cuba llamó la atención a propios y extraños por múltiples aciertos en todos los órdenes.

Buscando sitio para un paseo frente al mar en la primitiva Villa, la cual sólo llegaba desde el Castillo de la Fuerza hasta las murallas que la cerraban por detrás de Paula, rápido se fijó él en los terrenos ocupados aún por la Alameda, y el mismo nos dice: "No hay paraje más agradable en

la Habana, por su situación y sus vistas, expuesto a los aires frescos descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el pueblo dentro del recinto, donde antes había un muladar, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente, y que parecía elegido para este fin desde la fundación de la ciudad".

Así hablaba el Marqués de la Torre, y como no existía ningún teatro, y entre sus proyectos figuraba el construir uno, pronto armonizó las dos ideas y ordenó levantarlo, dando frente al paseo, en esta forma terminada su primer conjunto urbano.

Con muy poco esfuerzo imaginativo y sustituyendo las arcadas que hacen fondo al Hotel de Luz por el Teatro, con la Alameda actual, que aunque no la primitiva no ha sufrido muchas variaciones, y con los muros del hospital y la iglesia de Paula y algunas viejas casonas subsistentes podemos reconstruir el lugar preferido por los habaneros desde el 1776 hasta los alrededores del 1840.

Terminado el paseo y el teatro en menos de tres años, con las mejoras urbanas y la importancia que tomaron aquellos sitios, se levantaron en seguida nuevas construcciones de particulares, entre otras los palacios del Marqués de la Real Proclamación, que hacía esquina a la calle de la Merced y del Marqués de Campo Florido; y siguiendo la costumbre de cuando en cuando alguna vieja casucha de muy poco puntal con su techo de tejas a una sola agua se adosaba a las casonas de dos pisos con portadas de piedra, escudo y blazón en el frente, y balcones voladizos, a los cuales, amplios aleros sostenidos por finas columnetas de madera protegían de la lluvia y del sol; aún que

dan unas pocas en la vieja barriada. A partir de la inauguración de este teatro que se llamó Principal puede decirse que comienza la afición en nuestra ciudad por la buena música, y aunque no era muy grande, sin embargo, las compañías líricas se succionaron educando al público; las óperas de Rossini al principio can-

tadas en español, las de Donizetti y Bellini, al hacer las delicias de nuestros antepasados también hicieron desfilar por el proscenio las mejores tipes, tenores, barítonos, bajos y contraltos de la época, que a su vez trajeron excelentes orquestas y buenos profesores, y la Habana se fué convirtiendo en estación obligada de primer orden por donde pasaban los más notables conjuntos teatrales que recorrían la América.

Cirilo Villaverde en su valiosa obra sobre Cecilia Valdés, que es casi un gráfico de las costumbres de su tiempo, sitúa un diálogo en el "lindo teatro Principal", como él lo llama, y nos dice:

"Cantábase la ópera del maestro Rossini titulada Ricardo y Zoraida, a beneficio de la Santa Marta, el patio o corral y los palcos se hallaban medianamente ocupados... Leonardo de Gamboa entró algo después de aizado el telón. Por supuesto, no oyó la obertura de Don Tancredo, que procedió a la ópera aquella noche".

"Buscaba a un nombre cuyo puesto en el teatro sabía de antemano, pues como Alcalde Mayor debía presidir la función desde el palco central en el segundo piso"... Como vemos, Villaverde nos da un programa y algunos detalles del interior; cuanto al panorama que se abarca desde su balcón, él piensa que bien vale un artículo descriptivo, y nos lo da en esta forma: "¿quién que abraza un alma de poeta no se inspira a la vista de esa hilera de casas desiguales de nuestra derecha, en que sobresalen los altos balcones de la solariega del Conde de Peñalver?, o ¿la esta Alameda sin árboles que termina con el café de Paula, ahora oscuro y desierto?, o ¿la del hospital del mismo nombre, en el fondo, desde cuya ennegrecida sombra nos contemplan dos siglos?... " o "¿del lado opuesto de la oscurísima masa del navío Soberano clavado, por decirlo así, en las serenas aguas de la bahía, ¿No ves cómo se destaca del cielo?..."

Así describía Cirilo Villaverde aquél conjunto: años después la Alameda recibió nuevas obras de mejoramientos, refuerzos en sus muros, árboles, embaldosado, bancos, balaustradas, amplia calle lateral, etc. durante los gobiernos del general Valdés y del general O'Donnell de triste recordación bajo cuyo mando fué traída de Italia la fuente con la columna existente y llegó a ser llamada "el salón" o el punto de cita de toda la elegancia habanera hasta mediados del siglo XIX.

El doctor Eugenio Sánchez de Fuentes en su obra Cuba Monumental, que es un honor de nuestra Academia de Artes y Letras, al hablar de la Alameda, nos dice: "apeábase las bellas de sus quitrines y hacien-

do alarde de sus gracias recorrían el espacio que mediaba entre el Hospital y el teatro y gozaban además de la anhelada frescura de la bahía durante los entreactos de la ópera española, en tanto que los "gourmets" pocos entonces dirigíanse al afamado restaurant de la R. donde se saboreaba una deliciosa ropa vieja."

En un "Diario de la Habana", del 1840 el poeta Melgarejo nos habla de su arrollado; álamo, adelfa y rosas" y en otro verso nos dice "flores y árboles mil" — ¡que exagerado pensamos nosotros!— ahorrándoles a ustedes el consonante obligado de su til...

Este paseo fué el primer malecón que tuvo la ciudad, el otro hoy —uno de los primeros de América— avanza sin parar de lustro en lustro.

Pero no todos los colores de mi cuadro pueden tener la misma bondad de adjetivos ni el mismo perfume de jardín.

A fuerza de sinceros no resistimos la tentación de dar a conocer un detalle que pinta bien a su época— algo así como el reverso de la medalla— y explica a la vez aunque sea en parte las causas de aquellas sucesivas epidemias que asolaron la Habana.

En una Guía de Forasteros, publicada por don José G. de Arboleya en el 1840, cuando habla de las calles de nuestra ciudad sin aceras ni empedrado y de lo intransible que se ponen en los días de lluvia para la gente a pie, nos dice lo siguiente:

"Sería también útil tomar precauciones de aseo para que desapareciese de nuestras calles la basura que casi de continuo las ensucia... sólo se barren cada dos días pero aunque se barrieran diariamente no se evitaría con ello que estuviesen sucias. El incesante tráfico de bestias cabalares y vacunas produce un riego continuo de estiércol que el pisoteo y las ruedas esparcen y amalgaman con la tierra formando una costra de inmundicia."

Y contra todos estos males el infame señor Arboleya proponía una solución.

"¿Habrá algún inconveniente (nos dice en la página 330) que todas las bestias de tiro carga y leche destinadas al tráfico de la ciudad lleven como parte de sus arreos una bolsa de cuero que sirviese de receptáculo al estiércol?..."

De haber vivido en nuestro tiempo el señor Arboleya hubiera hablado mejor de las calles de asfalto y quizás habría inventado un guardafango especial a los caballos de los autos.

Pero volviendo al 1840 para terminar el paseo sin salir de la calesita, dejando atrás al teatro Principal, a la fuente, a los álamos, y adelfas, al restaurant con la "ropa vieja"

junto con las casas del paisaje urbano que hacen pendant al marino coronado por las alturas de la Cabaña y el caserío de Regla, dejando todo eso atrás, llegamos en dos minutos a la portada del hospital.

Y frente al hueco que conserva sus puertas de madera ornadas de gruesos clavos, frente a la portada por donde cruzó tanta carne doliente de mujer, pensamos también en las generaciones de estudiantes que dejaron en ella la alegría de la juventud; aquella portada guardó las dementes, las abandonadas y el grupo de esclavas viejas que formaron el palenque y como recuerdos encierra aún páginas muy interesantes de la historia de la ciudad.

Allí fué a parar aquella pobre loca de Dolores Santa Cruz, la esclava que con su trabajo compró su libertad, y fué rica y a su vez tuvo esclavos y al perder su capital en manos de leguleyos no pudo soportar la nueva esclavitud de la miseria; allí colocó Cirilo Villaverde varios cuadros dramáticos de la vida de Cecilia Valdés; allí se formaron varias generaciones de médicos notabilísimos que echaron los cimientos de la hoy mundialmente célebre escuela de medicina de la Habana; allí también estuvo la primera clínica de obstetricia y casi fué la primera maternidad.

El Obispo Espada antes de morir recomendó a su amigo don Nicolás Gutiérrez, aquel gran médico habanero, que no le abandonase su querido hospital.

Hoy aquellas salas desiertas y aquellos patios con sus bellas arcadas de piedra pero sin techos y que reciben hace algunos años a la ocasión de un Congreso médico la vista de los viejos, habla a los artistas y a la opulencia de la ciudad nueva en un lenguaje mudo que no muchos entienden.

A su lado se alza la Iglesia que mereció los afanes del Obispo Lazo de la Vega, con su bóveda y su pequeña cúpula, tal vez cuenta suelta del rosario que floreció en Méjico y que por su belleza primitiva se ha reproducido muchas veces en nuestras publicaciones y revistas, y su fachada barroca con una extensa rajadura en el frontis que me recuerda una frente amiga, y aquellos muñones de piedra leprosa que las aguas formaron al correr o al rodar por sus ojos muy secos borrando hasta los detalles de las caras; así están hoy desconocidas para el vulgo, las esculturas de San Francisco y San Pablo, de noche la luz de un farol en la sombra casi los hace pensar...

Y este es el fondo del panorama, la vieja estampa olvidada en un rincón de la ciudad colonial, y que solo por un milagro ha llegado hasta nosotros.

José Ma. BENS.

La valiosa y sugestiva colaboración del ingeniero Bens que con pluma ligera y ática puebla nuestra mente de hechos preteritos acreedores al recuerdo y la divulgación, nos obliga a insistir sobre un tema ya por nosotros tratado: es inaplazable que la Secretaría de Obras Públicas termine la avenida del puerto procediendo a la desaparición del elevado tranviario y a la ejecución de las obras que la extiendan a la Alameda de Paula.

Igualmente no puede demorarse el estudio—si no se ha hecho—y realización del ensanche de la calle de San Isidro— previas las expropiaciones necesarias—a fin de que el movimiento comercial tenga una vía lo suficientemente amplia por la que se encause evitando la congestión del tráfico. Ignoramos si el plan Forestier resuelve este importantísimo detalle de la Habana presente y futura.

También llamamos la atención del señor Secretario de Obras Públicas, sobre la necesidad de ultimar los jardines y demás detalles de la propia avenida en la parte que mira a la entrada del puerto. El Jarque Luz Caballero lleva trazas de no terminarse y los terrenos adyacentes a la que fué Secretaría de Gobernación, deben embellecerse, evitando así que el extranjero contemple el repelente panorama actual.

*El País  
Ene. 19/36.*